

Carlos Esplá  
Blasco Ibáñez, periodista  
(*El Pueblo*, 1-1-1930)

Hace cinco años acompañé a Blasco Ibáñez a un banquete que le ofrecieron los periodistas ingleses y norteamericanos en París. Mi amigo Hawley, el corresponsal de la Associated Press, nos invitó a unos *cocktails* antes del almuerzo. Blasco rechazó esta bebida, que nuestro anfitrión paladeaba con la fruición de yanqui que se ha escapado de la ley seca. Don Vicente prefirió un oporto, y, mientras tomábamos los aperitivos en el bar del restaurant, nos contó algunas anécdotas de su vida periodística. Blasco quería mucho a Hawley, que es un periodista estupendo y le había dado pruebas de gran lealtad en unas informaciones de aquel tiempo. Además, a Blasco le hacían mucha gracia las cosas de Hawley, su tipo pintoresco, su calva imponente, el francés enrevesado que habla, complicado por una tartamudez genial, que alcanza un grado sublime cuando peca prácticamente contra la ley de la prohibición, y, sobre todo, su formidable actividad. Blasco aseguraba que se lo encontraba a toda hora y en todas partes. Hawley sentía también un gran afecto por don Vicente, a quien siempre llamaba «el Maestro», y aún recuerdo la emoción con que este gran compañero subió, corriendo, los siete pisos de mi casa para comunicarme —pronto hará dos años— un telegrama que acababa de recibir diciendo que el Maestro estaba gravemente enfermo...

Hawley y yo escuchábamos fervorosamente a don Vicente. Los otros periodistas fueron formando corro en nuestro rededor. Aunque en estos banquetes se suele prescindir de los discursos, Slocombe, Masson y otros compañeros, quisieron que aquel día se quebrantase la regla:

—Vamos a comer. Maestro, y luego nos contará usted eso para todos.

A los postres, Blasco refirió en pocas palabras su vida de periodista español, republicano y pobre. Todo muy rápido, en un estilo nervioso, periodístico. Era la historia heroica de *El Pueblo* que desfilaba ante mí como una película mágica. Los duelos a pistola, los procesos, la vida en la cárcel —«aún conservo el frío de sus paredes en mis huesos»—, las campañas políticas o artísticas, el trabajo febril de

madrugada, su comparecencia ante un Consejo de guerra —«por la noche, como en una estampa de la Revolución francesa»—, los atentados de que había sido objeto, el ruido monótono de la vieja Marinoni, que acompañaba sus primeras horas de sueño después de una jornada agotadora —«muchas noches me despierto y, en el silencio de Villa Rosa, creo oír todavía el rumor familiar de la vieja máquina de *El Pueblo*»—, las denuncias y secuestros del periódico. Y, sobre todo, la pobreza, la lucha admirable de todos los días por sacar a la calle aquella hoja de combate y de enseñanzas. «Decían que yo era el amo de Valencia, pero muchas veces no llegaba a ser dueño de unos duros para las atenciones indispensables de mi familia. Lo importante, sin embargo, era ser periodista honrado.»

Los periodistas ingleses y americanos vibraban de entusiasmo oyendo aquel discurso. Los que creen que el periodismo es la busca constante de la aventura informativa comprendían que ninguna aventura más bella que la vida entera, compacta, del periodista Blasco Ibáñez.

\*\*\*

Blasco Ibáñez fue, en efecto, un gran periodista, uno de los más grandes que han existido. Aplicaba al periodismo su enorme temperamento de escritor, su entusiasmo civil, su pasión por la belleza y la libertad, su sentido heroico de la vida. El periódico le permitía la comunicación constante con el pueblo, la dirección inmediata de la masa, la intervención permanente en los más nobles combates humanos. Creo que uno de los periodos más emocionantes de la vida de Blasco Ibáñez es el de la fundación de *El Pueblo*: cuando recibe las máquinas, que adquiere con un pequeño capital de familia, cuando forma la redacción, cuando va tomando realidad su proyecto, cuando escribe las primeras cuartillas, cuando sale el primer número a la calle. ¡Magnífico instante de sembrador! La vitalidad extraordinaria de Blasco Ibáñez se proyectaba naturalmente en forma desbordante. No le bastaba vivir él plenamente, sino dar vida a otras cosas, a otras criaturas, a otros mundos de ideas y de acción. En la novela era el creador de una humanidad nacida en su fantasía. En el periódico era el creador de la vida misma, de la realidad.

Cuando tanto se habla de periodismo moderno, de escuelas de periodistas, de informaciones sensacionales y de culto a la noticia, cuando tanto disparate escriben unos cuantos irresponsables sobre

estos temas, conviene decir lo que es el verdadero periodismo: el verdadero periodismo es el periodismo de Blasco Ibáñez. Repasad las viejas colecciones de *El Pueblo*. De aquellas páginas tostadas por el tiempo escapa una corriente de vida, algo misterioso y sublime a la vez, como una juventud o como una tempestad. En aquellas páginas vive un momento del mundo: los hombres, el tiempo, el ambiente, las pasiones, las victorias sobre las fuerzas tenebrosas del pasado, las más bellas obras del espíritu humano. Aquello es la historia vibrante, angustiosa, en movimiento. La tinta seca de sus letras impresas funciona en aquellas páginas como la sangre en un cuerpo vivo. Pues bien; esto es periodismo. Si algún majadero os dice que periodismo es solo el relato folletinesco de un crimen espantoso, sin penetrar hasta la hondura social y humana de aquel impreso, que el periodismo es la neutralidad ante los grandes hechos históricos, podéis atizarle un puntapié en cualquier sitio. Repasad cualquier otra vieja colección de un periódico hecho con ese criterio limitado, ruin y comercial. Será una luz apagada, un esqueleto grotesco. Saber que hace treinta años un borracho estranguló a su madre, no es saber lo que ocurrió en el mundo hace treinta años. Leeréis, en todo caso, un repertorio judicial.

El verdadero periodismo es el periodismo de Blasco Ibáñez, que supo descubrir, entre sus colaboradores, a algunos grandes periodistas de la época: ejemplo, Castrovido, cuyo nombre está fundido íntimamente a la vida de *El Pueblo*. El verdadero periodismo es el de Blasco Ibáñez, que educó, elevó y honró a Valencia. Si queréis comprender ciertos fenómenos actuales, releed «Al pasar». Si queréis conocer a Valencia, releed sus artículos sobre cuestiones municipales y urbanas. Si queréis saber cómo piensan los valencianos, acercaos a las ideas que Blasco agitó y lanzó desde estas mismas columnas. Buscad a una viejecita de la calle. Recordadle un artículo de Blasco Ibáñez sobre la guerra de Cuba. Esa viejecita llorará pensando en el hijo que perdió en las colonias. Hablad con un artista de aquella época, y evocará la prosa cálida de Blasco defendiendo el wagnerismo en música, el romanticismo o el naturalismo —que no se niegan— en literatura, el impresionismo en pintura. Interrogad a un obrero de aquellos tiempos. Os dirá que aprendió a leer en los artículos de *El Pueblo*. Acaso descubriréis a algún ciudadano desconocido de Valencia que fue uno de los 5000 firmantes del mensaje que Blasco Ibáñez entregó a Zola cuando el proceso

Dreyfus. ¡Ciudadanos desconocidos ahora, pero que fueron, bajo la dirección espiritual de Blasco, ciudadanos de Europa, beligerantes en el magnífico combate por la Justicia!

Periodismo de fuego, de entusiasmo, de cultura, de pasión.

\*\*\*

«Periodismo anticuado —dirán algunos vainas—. Háblenos de periodismo moderno, de grandes reportajes, de grandes *enquêtes*». Pues bien; hablemos de todo eso. Pero acaso se olvida que el mejor reportaje «moderno» que se haya escrito nunca es... «La historia de un Crimen», de Víctor Hugo, su reportaje dramático del 2 de Diciembre. Y que todavía nadie ha mejorado en el periodismo actual las «Cosas vistas» del inmenso poeta. Blasco Ibáñez era un periodista a lo Víctor Hugo, a quien dedicó su última página, que tiene toda la vibración de un artículo periodístico.

¿Reportajes modernos? Leed *París, En el país del arte, Oriente, El militarismo mejicano*. Leed, sobre todo, *La vuelta al mundo, de un novelista*.

—¿Le gusta a usted? —me había preguntado Blasco Ibáñez cuando publicó los dos primeros volúmenes.

—Sí. Todo menos el título... —respondí.

—¿Cómo lo hubiera titulado usted?

—*La vuelta al mundo, de un periodista*.

—Sí..., sí... Creo que tiene usted razón —contestó Blasco Ibáñez—. Claro; eso es periodismo. Pero periodismo hecho por un novelista.

Aquellos días Blasco Ibáñez escribía sus mejores artículos periodísticos, artículos encendidos de entusiasmo y de ideal, como los artículos de juventud, como esos artículos de las viejas colecciones de *El Pueblo*.

París, diciembre.